

Mayor Oreja intenta cabalgar águilas

El pasado miércoles llegué con mi máquina del tiempo hasta el siglo XI. Me esperaba un Templario que me había prometido una visita al castillo de Alamut: Una inexpugnable fortaleza construida en una cordillera al sur del mar Caspio, cerca de Azerbaiján. Llegamos al atardecer y parecía como si de la cresta de una montaña hubiesen brotado espadas de piedra, blancas, que empezaban a tintarse de color violeta. “Se dice que sólo se puede subir hasta allí cabalgando un águila.”, afirmó el Templario.

Nos interceptaron, nos vendaron los ojos, nos metieron por su pasadizo secreto y recuperamos la visión en el paraíso: Mujeres bellísimas, semidesnudas, dispuestas a cualquier fantasía sexual, manjares, flores, y hachis, mucho hachis. Ellos se llamaban a sí mismos los Hashishiyyin, palabra árabe que significa “fumadores de Hachis” y de la que derivó el término Asesinos. El Templario me había contado muchas cosas de Los Asesinos de La Montaña: Su líder, un tal Hasan Sabah, fundador de la secta islámica de los Ismailitas reformados, les había convencido de que estaban librando una guerra santa secreta, la cual se desarrollaba mediante comandos que se infiltraban, invisibles, en todos los distritos. Y añadió, con admiración, que aquellos asesinos eran máquinas de matar, invencibles porque no se les veía, y porque creían firmemente que en cada atentado se demostraba su altura espiritual, su entrega al Bien, lo que les garantizaba seguir disfrutando del paraíso donde yo ahora me encontraba. Se ponían en contacto con sus víctimas para que hicieran lo que se les ordenaba, y si desobedecían, se les aseguraba la muerte. El Templario añadió que aquellos caballeros espirituales no podían vivir fuera del paraíso de Los Asesinos de la Montaña porque eran reclutados siendo niños e inmediatamente corrompidos con el hachís –de hecho eran drogadictos- y con otros placeres irresistibles para la condición masculina.

Mientras fumábamos hachís, Hasan Sabah me confesó su devoción por Zarathustra, el líder religioso que tanto odió Nietzsche por afirmar que en el Universo está nítidamente separado el Bien del Mal, y que la labor del hombre es eliminar al que sea Malo. Para los Asesinos, los Malos eran todos aquellos que no accedieran a sus pretensiones.

Ya de vuelta casa me enteré de que Mayor Oreja, que es uno de los Malos, estaba intentando aprender a cabalgar águilas.